

**COMPASIÓN, EQUIDAD
Y JUSTICIA (*)**Por JOAQUÍN GARCÍA ROCA

Construir una cultura de la solidaridad para nuestro tiempo, sólo es posible si revisamos esquemas simples, incorporamos los posibles mensajes que emanan de los procesos históricos y suprimimos algunos bloqueos.

La década de los 80 nos deja en herencia la necesidad de replantear teorías y normas que sirvieron en otro tiempo para orientar la acción solidaria. A la luz de los acontecimientos actuales, la conceptualización de la solidaridad ha de dar razón de los conflictos que nos desazonan, desde los desastres ecológicos hasta la insensibilidad ante el sufrimiento, y ha de ofrecer motivaciones para enfrentarse tanto a la indiferencia ante las organizaciones sindicales como al desinterés hacia los problemas colectivos.

Las coartadas de la solidaridad

Hay una representación de la solidaridad que es incapaz de dar razón del proceso histórico y constituye una potente barricada ante los acontecimientos actuales. Nos hemos habituado a distribuir el espacio social entre el poder, el dinero y la solidaridad como si se tratara de territorios tan identificables como los países en un mapa, acotados por

(*) Texto publicado en *Noticias Obreras* (separata nº 18), núm. 1044-1045 (16-3-91)

fronteras y diferenciados por sus colores. Cada uno de ellos tendría su propio señorío y sus provisiones.

El reparto triangular sirvió para legitimar tres coartadas. En primer lugar, la opción por la solidaridad era incompatible con la función del Estado y del Mercado. Quedaban, de este modo, sin posible justificación las virtualidades solidarias del Estado y del Mercado y totalmente contaminado todo lo que de ellos nace. La simplificación del esquema acababa identificando la solidaridad con los Grupos primarios, el dinero con el Mercado y el poder con el Estado. De parte de la solidaridad cae todo lo bueno, lo inocente y lo desinteresado; de la otra parte caía lo perverso, lo siniestro y lo nefasto. Los Grupos primarios se mitificaban hasta llegar a identificarse como el lugar de la solidaridad, mientras que se demonizaban los otros escenarios sociales. Esta representación ideológica impide cualquier comprensión de los acontecimientos actuales al tiempo que sitúa la cultura de la solidaridad como un fenómeno pre-moderno propio de la cultura rural. Quizá el esquema triangular sirvió para movilizar la energía de algunos militantes pero en ningún caso acortó la distancia con los procesos modernos.

En segundo lugar, la solidaridad se identifica con un sentimiento que anida en el corazón, ciertamente el mejor sentimiento pero incapaz de sustanciarse como virtud que reclama un soporte material e institucional adecuado. No cabe duda que la solidaridad es primariamente un sentimiento de ayuda, de generosidad y de colaboración pero queda profundamente socavada y empequeñecida si se le distancia de sus expresiones jurídicas e institucionales. El reparto del Producto Interior Bruto es un indicador de la solidaridad como lo es la ampliación de la escolarización obligatoria. Los sentimientos de compasión no pierden nada cuando se acompañan de Instituciones solidarias, más bien expresan su fecundidad histórica.

La tercera coartada es aquella que identifica la solidaridad con algún tiempo histórico, bien sea pasado bien sea futuro. Hablar de ella significa siempre buscarla en algún lugar inexistente; para unos siempre habita en un pasado que añoran, para otros siempre es un deseo imaginario. Unos y otros son incapaces de captarla en el tiempo presente; desaparece devorada bien por la añoranza, bien por la imaginación, de modo que la solidaridad siempre está vinculada a propuestas de restauración o de utopismo. Cuando se destierra la solidaridad a la tierra de nadie, se le sustrae de su dinamismo más específico. Poco importa si su enterradora es la juventud, el egoísmo posesivo o el partido

socialista; lo que importa es nuestra incapacidad para detectarla en nuestro tiempo.

La triple coartada obliga a superar la división por territorios, que debe sustituirse por una concepción plural y diversificada de la solidaridad, que no sólo habita en los Grupos primarios, sino que trajina también por el Mercado y por el Estado. Sus metamorfosis son varias y plurales, y se resiste a identificarse con una de sus expresiones, como si se tratara de una savia que vigoriza sin agotarse en ninguna de sus manifestaciones o de una fuerza que se transmuta en diferentes productos. Circula por los distintos espacios sociales y se volatiliza en tantos estados que no puede identificarse con ninguno. No es un producto para otro mundo, ni siquiera puede afirmarse que subsiste sin la historia, sino que vive en un mundo fragmentado y dividido. La grandeza de la solidaridad no está en mantener su pureza a costa de su distancia, sino en perseverar como virtud contaminada. De poco serviría que la solidaridad salga vencedora de todas las tempestades, si llega cuando ya todo está hecho; de nada le serviría su inocencia, si a su costa pierde el vigor de la transformación. La solidaridad que es ajena a la historia de las cosas, y se circunscribe a sus formas ideales, queda pervertida en su raíz.

Mundos vitales, Mercado y Estado

Los últimos acontecimientos mundiales emiten tres señales que parecen contradictorias. Los acontecimientos del Este han encontrado en la rehabilitación del Mercado su buque-insignia; un Estado sin mercado se ha mostrado a sus ojos como un fracaso. Del Este viene inequívocamente la necesidad de recuperar el mercado aunque sea a través de una operación quirúrgica que le extraiga sus patologías, alguna de ellas como la patología capitalista tan coexistente y persistente que parece pertenecerle como algo esencial. Nos equivocáramos si redujéramos el significado del mercado a su dimensión económica; en él se reconoce el emblema de la libertad individual y de las instituciones de libre adhesión; es el símbolo de las virtualidades democráticas, que no se está dispuesto a sacrificar a ningún precio.

Del Oeste de Europa, la más cercana a nosotros, procede un rumor que debemos saber leer: la necesidad de revitalizar el Estado con sus instituciones políticas. Cuando la construcción de Europa camina hacia el Mercado total, se advierte la indefensión de ciertos pueblos si la

Unidad Europea no construye a la vez instituciones políticas que controlen y equilibren las leyes del Mercado; el Mercado Común sin la contrapartida de las Instituciones políticas se asemeja a un gran zoo, una etapa más en la internacionalización del capital. Un mercado sin Estado es una amenaza advertida por las fuerzas progresistas de Europa Occidental. Nos equivocamos igualmente si reducimos el Estado a su dimensión estrictamente política; en él se vive el emblema de la voluntad general y de la responsabilidad común que sobrepasa las responsabilidades particulares; es el símbolo de un poder humanizador que fomenta, prioriza y proporciona recursos.

Desde Latinoamérica, en un contexto de crisis permanente y estructural, se buscan otras fórmulas de movilización del potencial humano mediante el estímulo de las pequeñas iniciativas, del llamado sector informal que alimenta las estrategias de supervivencia. Un Estado y un Mercado sin Grupos primarios se muestra inviable desde aquel contexto socio-económico. Nos equivocariamos si no fuéramos capaces de ver en el descubrimiento de los Mundos vitales algo más que la solidaridad primaria de carácter orgánico; es una realidad que simboliza todos los potenciales de autoorganización propios de la existencia humana.

Hay quien tiene hoy la sintonía puesta en una única dirección y apenas percibe la diversidad de ondas que pueblan la atmósfera. La intensidad de alguna frecuencia es tal que deja imperceptibles las demás sintonías; mientras el mensaje del Este es un bramido, el resto se ha quedado reducido a un simple rumor; esta reducción es parte del problema actual. La solidaridad no emite en un único registro, aunque tenga en alguno su raíz y su condición; sus peripecias se extienden a todos los ámbitos de la realidad y sólo encuentra su plena realización cuando capta también los murmullos, aunque en su entrada deje una estela de ambigüedad y de dolor. ¿Acaso no es también ambigua la solidaridad en los Mundos Vitales? Si queremos ponerle carne y hueso a la solidaridad, debemos acercarla a una historia que ha sido construida con determinados materiales y en los que siempre han estado presentes el poder y el dinero, para bien y para mal y a veces para ambas cosas simultáneamente. Negarse a ello es dejar irredentas a la política y a la economía. En este caso ni siquiera ganan los mundos vitales ya que, al idealizarlos, se evita vivirlos con toda la densidad y nos quedamos para siempre con sus fotocopias. Se buscan solidaridades que no comprometen a nada, caridades que se agotan en el cara a cara, amores que tengan garantizadas todas las seguridades.

La solidaridad no es un río que se basta con un solo cauce sino que sobrepasa todos sus márgenes y, de este modo, muestra la inmensa riqueza de sus expresiones. La solidaridad es única en su estructura, pero se elabora de distintos modos en cada uno de los escenarios y se encarna en diversas experiencias. Su habilidad obliga a identificar aquellos elementos esenciales que la identifican como tal:

- a) Es un sentimiento de generosidad por el cual se reconoce la situación del otro y quedo afectado por ella. Tiene el estatus del reconocimiento.
- b) Es una actitud de ayuda libre y desinteresada, que no puede ser impuesta.
- c) Es una práctica que vincula con otros, agrupa voluntades y lleva a hacer algo juntos. Como indica **Rorty**, ser solidario es ensanchar el ámbito del “nosotros”.

Cada uno de estos rasgos esenciales, genera experiencias diversas en cada uno de los escenarios sociales, y de este modo muestra su riqueza sinfónica. El reconocimiento en los Mundos vitales aparece como ayuda convivencial, en el Mercado se muestra como reciprocidad y en el Estado se manifiesta como cooperación.

La ayuda en los Mundos vitales se origina y se alimenta de la compasión, en el Mercado se alimenta de la equidad y en el Estado de la justicia distributiva.

La organización de la solidaridad en los Mundos vitales se vincula al grupo primario, en el Mercado a las Instituciones de libre adhesión y en el Estado a los Movimientos sociales.

Aunque los describamos separadamente, son sentimientos, actitudes y prácticas que se dan simultáneamente y en conexión entre ellas. Cualquier problema que quiera abordarse en la perspectiva de la solidaridad debe aunar simultáneamente los tres registros. Piénsese en el problema de la droga: la solidaridad se expresa en el primer nivel de la ayuda mutua cuyas manifestaciones básicas son los grupos primarios de acogida; se expresa igualmente a través de aquellas instituciones que ofertan servicios sin ánimo de lucro, y sólo el prejuicio ideológico podrá negar que la solidaridad se expresa también en el Plan Nacional sobre la Droga y en los presupuestos que le dedica. La acogida personal está dedicada a organizarse en ofertas equitativas, y éstas verán en la justicia su fruto maduro. Y, al revés, ¿qué sería la justicia sin compasión y sin equidad?

Ayuda, compasión y grupos primarios

1. Por el interior de los Mundos vitales circula la solidaridad en forma de ayuda, que se construye sobre la vinculación, la proximidad y la cercanía. La familia, los amigos y los vecinos constituyen esa trama cotidiana de la solidaridad con sus manifestaciones expresivas, relaciones informales y encuentros cotidianos del “cara a cara”. Existe una primera expresión de la solidaridad que se desarrolla en redes convivenciales que fomentan los potenciales de la auto-ayuda. A través de la amistad, de las asociaciones vecinales y de iniciativas grupales se constituyen desde siempre formas privilegiadas de ayuda mutua. La proliferación de los grupos de auto-ayuda testimonia con rotundidad la vigencia de una solidaridad primaria que ni siquiera llega a reglamentarse ni entra en los sistemas de control del Estado de bienestar. Cada vez será más frecuente la colaboración vecinal en la resolución de la soledad del anciano, en la asistencia recíproca ante la adversidad, en la colaboración para custodiar a los niños, en los sistemas de protección.

En segundo lugar, la solidaridad en los grupos primarios se articula a través de abundantes experiencias que, basadas en la reproducción del clima familiar, se orientan a la socialización primaria y a la inserción: hogares funcionales, comunidades terapéuticas, acogimiento familiar, grupos de vida. A través de una convivencia cualificada, reproducen en gran medida la identificación afectiva, provocan una ruptura con la biografía subjetiva e intentan reconstruir la realidad personal. La solidaridad es una fuerza socializadora capaz de moldear la personalidad, superar los obstáculos y atribuir nuevos acentos a la realidad. En este modelo de solidaridad, todos forman parte de un orden social que no deja a nadie completamente fuera. “El niño débil mental tendrá pequeñas tareas, la mujer que está floja en cuentas será ayudada por sus clientes, los viejos participarán en educar a los niños”. Cuando ésta existe, ninguna de las formas de marginalidad se expresa con la intensidad tan brutal como la encontramos en la sociedad moderna.

2. El sentimiento de ayuda se fundamenta sobre la compasión, cuyo universo es, en primer lugar, una **perspectiva** empática, que lleva a ver el mundo como el otro lo vive, sentir el mundo del otro como si fuera propio, desde su historia pasada y su experiencia propia. Esta aceptación incondicional es la clave de la misericordia, que abraza visceralmente con las propias entrañas la situación del otro.

La compasión es también una **actitud** de reconocimiento, por la cual se produce una comunión esencial. La actitud compasiva se diferencia de la actitud valorativa que somete al otro a la norma objetiva, o con la actitud paternalista que ayuda a partir de sí mismo. La solidaridad que se ejerce en los Mundos vitales rehuye de las palabras vanas y se acerca a los gestos eficaces. Quien ha permanecido junto al lecho de un moribundo, a sabiendas que no se puede hacer nada, ha experimentado el valor supremo de la compañía cuando ha renunciado a justificar el drama. Sostener y ayudar es reconocer: no se orienta simplemente a la asistencia, sino al crecimiento de ambos, aun cuando sean diferentes sus contribuciones. Ante la presencia y el rostro del otro, la acción solidaria aleja los prejuicios ideológicos para identificarse con la compasión, la delicadeza y la generosidad.

La compasión es, finalmente, una **práctica** de apropiación del dolor del otro; “cargar con el dolor” fue la experiencia básica que permitió a Pablo entender la divinidad de Cristo. De este modo, la compasión es la forma más radical de crítica porque anuncia que el dolor ha de ser tomado en serio y no puede ser aceptado como algo natural. La vida compasiva consiste en hablar y ser respondido, gritar y ser escuchado. Allí donde los gritos nunca son escuchados ni las palabras son respondidas no hay compasión. De ahí que la compasión es algo más que una reacción emocional para convertirse en una amenaza radical al propio sistema.

3. La ayuda convivencial y el reconocimiento compasivo se organizan en grupos y unidades primarias de convivencia. Los Mundos vitales se vinculan entre ellos a través del reconocimiento, cualquiera que sea su edad, su raza o su cultura. Con pocos signos y pocas palabras, los participantes entienden que están viviendo la misma experiencia. “El reconocimiento es el mecanismo por el cual se forma el grupo que alcanza una altísima solidaridad y es capaz de durar en el tiempo no obstante todas las dudas, las pruebas, los dilemas y las laceraciones a las que se tendrá que enfrentar” (**Alberoni**). Cuando cada uno se reconoce en el otro, la solidaridad grupal rompe la clase, la familia, la raza, el partido o las iglesias.

La solidaridad en los grupos primarios adquiere la forma de la autoorganización. Frente a la rígida institucionalización que desvía fuera de la comunidad la resolución de las necesidades, existe una solidaridad que consiste en la responsabilización en la gestión de los propios riesgos. La crisis de los 80 ha afectado dramáticamente las condiciones de existencia de la mayor parte de la población, en especial la de

los sectores de escasos recursos. Mientras crecía la desconfianza en el Estado y en el Mercado, las iniciativas locales empezaban a formar parte del paisaje de aquellos pueblos. Así nacen por doquier Comités para la defensa de los Derechos Barriales, promoviendo proyectos de autogestión comunitaria que van concretando el sentimiento popular en proyectos concretos: las iniciativas populares, la construcción de una escuela, el asfaltado de una calle o la canalización de los desagües, las estrategias de sobrevivencia.

Allí donde la pobreza ha robado la infancia a los niños, y las arrugas son síntomas de envejecimiento precoz, allí donde la búsqueda del sustento se ha convertido en una operación fuera del hogar, allí donde la escuela compite con la subsistencia, la autoorganización es la forma suprema de la solidaridad. “Los vecinos de la comunidad —se puede leer en cualquier periódico latinoamericano— se unieron a sus entidades populares para la ejecución de una amplia jornada de limpieza, con la que lograron eliminar de sus barrios miles de toneladas de desechos sólidos acumulados por años. Se integraron brigadas de niños, jóvenes y adultos, así como las juntas de vecinos, clubes y organizaciones populares. La Comunidad organizada enfrentó uno de los más graves problemas que afectan a la mayoría de sus barrios, donde la recolección de desechos ha sido casi nula debido a que las pasadas y presentes autoridades edilicias han considerado como ‘barrios de imposible acceso a los camiones’. La jornada de limpieza estuvo acompañada de una serie de actividades festivas y culturales” (**El Siglo**, Santo Domingo. Martes 25 de diciembre de 1990).

Reciprocidad, equidad e instituciones sin fin de lucro

1. El Mercado es el buque insignia de una sociedad que se organiza sobre la libertad. La invocación al Mercado en los pueblos del Este no es primariamente un reclamo al “Corte Inglés”, sino una invocación a la sociedad civil que se organiza a través de organizaciones múltiples. Su paisaje es un conjunto heterogéneo de elementos (clubs, fundaciones, asociaciones, colegios profesionales, empresas, agrupaciones) que se asemejan más al jardín inglés que a la simetría ordenada del jardín francés.

La lógica del Mercado no puede ser promovida a la categoría de peste de los tiempos modernos (**Minc**) sino que la actual organización

de nuestra sociedad le confía la distribución de bienes, dejándolos a la libre decisión de los ciudadanos y al arbitraje entre los beneficios que se ofertan y las preferencias de cada individuo que los decide. A través de incentivos y de la oferta-demanda se van asignando los recursos.

Cuando la libertad posibilita la entrada en los bienes sociales, la solidaridad adquiere la forma de la reciprocidad con el fin de que no se excluya a unos beneficiarios en provecho de otros. El Mercado se asienta sobre la reciprocidad en un juego en el que se pretende que no haya cartas trucadas y en la capacidad de pertenecer a organizaciones plurales. El descubrimiento de que la libertad es la condición y la garantía de la solidaridad ha sido el motor de los acontecimientos del Este; al luchar contra un Estado despótico, la solidaridad quedaba vinculada a la emergencia de la sociedad civil. La dicotomía entre libertades formales y libertades materiales, en cuyo campo caía la solidaridad, ya no se sostiene; el imperativo democrático no es separable de la solidaridad.

2. El sentimiento de reciprocidad se fundamenta sobre la equidad. La solidaridad en el universo democrático se vincula a la equidad, es decir, a unas reglas de juego libremente compartidas. La cuestión central es saber qué propiedades han de tener estas reglas para que las acciones individuales produzcan un mundo solidario. Es importante descubrir la interna vinculación entre equidad y solidaridad en un momento en el que hay síntomas de profundas discriminaciones; se anuncia ya que se someterá a una prueba genética para el seguro privado o para acceder al empleo, o que se tendrá en cuenta la edad para la gratitud de las prestaciones sanitarias. Por esta razón, la justicia ha llegado a identificarse con la equidad: se considera justo lo que se origina a través de unos procedimientos justos.

La equidad es, en primer lugar, una **perspectiva** que garantiza la imparcialidad, al ignorar el estatus, la fortuna, el sexo o la inteligencia. Se compromete con la indiscriminación. La equidad se representa con los ojos vendados.

La equidad es también una **actitud** que valora los procedimientos. No toda solidaridad es legítima, sino aquella que está sometida a las reglas de juego. En el ámbito que hemos denominado Mercado, si el procedimiento es justo, lo demás viene de suyo y el procedimiento es la libertad sin la cual no tiene sentido la solidaridad; aquella libertad que, como ha advertido **Rawls**, puede estar limitada por otras libertades pero no por otros bienes. De este modo, la libertad es presupuesto y condición necesaria de la solidaridad, pero no es condición suficiente

allí donde la justicia está bajo mínimos, ya que la reciprocidad con el menos favorecido exige a veces restringir ciertas libertades.

De ahí que la equidad sea también una **práctica** de diálogo y de entendimiento. Ante el conflicto de valores sólo hay un procedimiento justo: la negociación que exige un deseo de aproximación, o, como diría **Habermas**, la solidaridad es una buena disposición hacia el diálogo.

3. En la sociedad tradicional, la asignación de recursos se regulaba básicamente a través de relaciones no económicas: la parentela, la amistad, el estatus. Con la sociedad moderna se desarrolla el intercambio, vinculado a las normas de honestidad y respeto a los procedimientos. Ahora bien, dado que la simetría entre los participantes no existe, el criterio de equidad no es suficiente sino que debe ser completado por la cooperación. Mientras haya desigualdades, no serán suficientes los procedimientos equitativos para construir una sociedad solidaria. Se necesitarían Instituciones sociales que desinteresadamente medien a favor de los débiles. Ante el endurecimiento del cuerpo social y la erosión de la igualdad, se precisan Instituciones solidarias. Garantizada la equidad, todavía no está garantizada la solidaridad. Una situación de libertad en la cual cada uno pueda perseguir sus objetivos, no garantiza por sí misma la construcción de una sociedad solidaria, aunque constituya la condición más favorable; precisa de Instituciones solidarias que articulen la colaboración a favor de los sujetos frágiles que están en desventaja ante el Mercado.

La reciprocidad y la equidad se organizan a través de Instituciones mediadoras sin ánimo de lucro que nacen de una solidaridad libremente decidida. Cuando el Mercado lo ha convertido todo en mercancía, hay una solidaridad que significa gratuidad. Hay grupos que empiezan a denunciar hoy con vigor “la ideología salarial que ha conducido en el pasado, a las necesidades capitalistas, a confiar a servicios especializados, públicos o privados, tareas típicamente de relación o convivencia tales como la educación de los niños, el cuidado de los enfermos, la ayuda a los inválidos y el consuelo a los afligidos, los consejos a los desorientados, las mejoras y la animación del barrio, el mantenimiento o embellecimiento del entorno natural o urbano, etc., actividades que carecen de racionalidad económica, y cuya eficacia y éxito dependen de las cualidades personales y de la entrega afectiva mucho más que de una cualificación personal certificada por un diploma. La profesionalización y la remuneración de estas actividades no tienen, pues, cualitativamente y económicamente ventaja alguna. El tiempo necesario para reconfortar o aconsejar a una persona y asistir

a un agonizante, enseñar a andar, hablar o cantar a un niño, hacer el arreglo de la casa, cocinar un plato o cuidar un jardín, es más o menos constante, con independencia de que el trabajo sea llevado a cabo por amigos o familiares, por una cooperativa de barrio o por un servicio especializado mediante profesionales asalariados. La socialización de estas tareas no tiene, pues, sentido económico ya que no libera de tiempo a la sociedad. Por el contrario, transforma en trabajo profesional obligado y pagado, actividades que podrían ser realizadas en el tiempo de vivir, si fueran asumidas voluntariamente y cuyo fin se hallaría en sí mismo” (Gorz).

Justicia, distribución y movimientos sociales

1. El escenario del **Estado** es el ámbito que transcurre vía legislación y administración. Su objetivo es la extensión de los derechos de ciudadanía en respuesta a las necesidades colectivas. La solidaridad no se limita a las relaciones interpersonales sino que se extiende a aquellas estructuras que traducen derechos y deberes. El sentido de la solidaridad produce sistemas jurídicos y culturales que sancionan los derechos de las personas y tutelan la vida de los más débiles.

2. Junto a la compasión y a la equidad, la solidaridad se expresa en el escenario del Estado a través del sentido de la justicia. Hay bienes sociales que no pueden abandonarse a la lógica del mercado ni pueden reducirse a la esfera de los mundos vitales, ya que trascienden los mecanismos del mercado y su resultado no puede depender del mero esfuerzo individual. El territorio del Estado viene exigido por razones de justicia, y no hay razón que impida una mayor dedicación del Estado a la realización de la solidaridad. Hay una desigualdad que debe ser abordada preventiva, asistencial y compensadoramente por el sector público. Una política solidaria no puede existir sin el compromiso del Estado, el cual posee una ventaja evidente en orden a generalizar la asistencia, universalizar las prestaciones, garantizar el derecho, asegurar la calidad de vida y distribuir la riqueza.

La solidaridad, en el escenario del Estado, comporta siempre una perspectiva de igualdad de los derechos y de los deberes, de la renta y de la propiedad, de la responsabilidad de la autoridad. El mercado muestra su radical insuficiencia cuando los bienes de la producción necesitan universalizarse. La asignación de los recursos responderá a los criterios de la equidad en cuanto que se sometan a las mismas

normas, pero no podrá atender a la justicia distributiva si olvida su compromiso con los débiles y con los escasamente dotados.

La **actitud** solidaria sustituye el interés individual por el interés colectivo y la exclusividad por la universalidad; el mercado es también una máquina creadora de desigualdades, ya que la entrada en él está condicionada totalmente por las rentas y por el patrimonio, que marcan unas diferencias mucho más grandes que las reconocidas por los análisis de la teoría económica liberal. La eficacia económica no está siempre hermanada con la igualdad, ya que el nivel de igualdad no depende del grado de desarrollo económico de una determinada sociedad, pues cabe sociedades desarrolladas con grandes desigualdades y sociedades con menos desarrollo pero más igualitarias.

La solidaridad en la esfera del Estado es una **práctica** de redistribución, cuyos instrumentos pueden reducirse a tres: a) modalidades de tipo igualitario con una ruptura global con el modelo actual de la sociedad; b) medidas que obligan a los que andan con ventaja a aceptar una penalización para acortar distancias; y c) medidas que ofrecen ayuda a los que parten con algún handicap para que se acerquen a los primeros.

El compromiso con la solidaridad no puede hoy excluir ninguno de los tres instrumentos: la superación de la desigualdad económica, política, jurídica y social (primera vía), la imposición fiscal progresiva por la cual pagan más quienes más tienen (segunda vía), y la transferencia de bienes y servicios a quienes menos tienen (tercera vía).

La superación de las desigualdades económicas, políticas, jurídicas y sociales, aunque no es hoy una hipótesis factible en las democracias industriales, ha de ser un referente viable capaz de movilizar la acción en un horizonte emancipador.

Los dos instrumentos disponibles, que son complementarios, son los impuestos y las transferencias. Para valorar el efecto redistributivo de un sistema fiscal hay que considerar la progresividad de sus impuestos, la medida de la evasión y el fraude fiscal. Los impuestos no pueden gravar por igual a los que tienen y a los que no tienen, y el nivel de solidaridad está gravemente amenazado por la evasión fiscal, ya que cuanto mayor es la evasión, menor es la redistribución.

3. La justicia y la distribución se organizan a través de mecanismos de movilización ciudadana, de presión social y de gestión de los intereses colectivos. Es el ámbito del sistema político, que a través de

partidos, movimientos sociales y organizaciones pretenden expresar las aspiraciones invocando el interés general. Las formas de expresión de las demandas políticas son muy diversas en nuestras sociedades modernas: desde las estrategias parlamentarias, las manifestaciones callejeras, las reivindicaciones sociales, las proposiciones de ley, siempre que tengan una orientación universalista. Sólo las normas culturales propias de cada sociedad definen cuáles son las necesidades que conviene expresar bajo la forma de demandas políticas y cuáles son las que deben ser desviadas hacia otros sistemas sociales, por ejemplo, ser convertidas en demandas económicas (**Easton**).

La esfera del sistema político está vinculada a la voluntad general, a la articulación del interés colectivo (**Almond**) y a la cohesión social (**Poulantzas**). Ninguno de ellos es ajeno a la solidaridad. La necesidad del acuerdo es la institución básica que funda el orden político y cuando se consiguen unos puntos de consenso, éstos son el resultado de una cantidad extraordinaria de solidaridad. El emblema actual de estos acuerdos que constituyen puntos de no retorno son las *Declaraciones de los Derechos Humanos* como símbolos de una voluntad universalizable. Los acuerdos en torno a los Derechos Humanos marcan la altura de la solidaridad. Los derechos que allí se afirman y los límites que establecen forman parte de la historia de la solidaridad. A nadie que esté comprometido con ella le puede resultar indiferente la institucionalización de los derechos a través de la acción política que “coincide con la formación de la solidaridad” (**Alberoni**).